

y las templadas lluvias! Para concluir bien un día tan santamente comenzado vienen los ancianos de la aldea á la entrada de la noche á conversar con el cura que toma su refaccion bajo los olmos de su patio. La luna añade entonces la última armonía á esta fiesta que traen cada año el mes mas suave y el mas misterioso astro. »

« ¡ Creese oír por todas partes brotar los trigos en la tierra, crecer las plantas y desenvolverse, elevarse en el silencio de los bosques voces desconocidas como coros de campestres ángeles cuyo socorro se ha invocado ; y los quejosos trinos del ruiseñor hieren los oídos del anciano sentado no lejos de las tumbas! »
 ¡ Que poesía la de la fiesta de Rogativas, y que poeta el vizconde Chateaubriand !



ASCENSION.

HUBO un tiempo que debió ser altamente maravilloso para los apóstoles, y fué el que corrió desde la noche en que el Salvador resucitó hasta el día de la ASCENSION.

¡ Que santa emoción debieron experimentar aquellos hombres llenos de amor y de fé cuando repentinamente y sin que las puertas se abriesen se les apareció Jesus radiante de divino esplendor !

¡ Que dulce paz y que suaves perfumes celestiales debieron estenderse entonces en aquella humilde casa que recibía bajo su techo al que tiene las nubes por trono, el universo por dominio y el cielo por palacio !

Después de haber llenado su misión divina, enseñado y sufrido.... ¡ y sufrido la muerte en una cruz ! después de haber dormido tres días en el sepulcro y luego resucitado, probando á los mas incrédulos su Resurrección, pudo Jesucristo, para descansar del trabajo de su humanidad, quedarse menos de cuarenta días entre los hombres ; mas no, su amor á nosotros lo retuvo lejos de los ángeles. Dijérase que era un desterrado que, levantado el destierro, no volvía pronto á la tierra natal, porque se había acostumbrado á amar á los hombres con quienes había sufrido.

Y, notadlo, Jesús eligió para aparecer los lugares que había amado durante su misión terrestre : los campos de Galilea, las orillas del mar de Tiberiade, las riberas de los lagos en que pescaban sus discípulos, el monte en donde enseñaba y en fin el jardín de los Olivos en que sudó sangre y donde dijo á sus apóstoles : « Velad y orad conmigo. »

Y hai verdaderamente en estas apariciones del Hijo del hombre algo que semeja á los recuerdos de la patria.

Al momento de volver á su Padre, el Salva-

dor reúne sus discípulos cerca de Jerusalem, ciudad cuyas calles vieron los dolores de su Pasión y se humedecieron con sus lágrimas ; y en el lugar donde mas sufrió, en el jardín de los Olivos, en donde se halló la fuerza de un Dios casi desfallecida, fué donde quiso despedirse de aquéllos y bendecirlos antes de subir al cielo.

Los juntó, pues, sobre el monte vecino á la ciudad de David, y allí les dijo : « Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra : id, pues, en mi nombre por el mundo predicando el evangelio á todas las criaturas. Vosotros sabéis lo que he enseñado ; me habeis visto sufrir, morir y resucitar ; fuisteis testigos del cumplimiento de todas las profecías ; id, pues, é instruid y bautizad los pueblos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñad á las naciones á observar cuanto os he mandado. El que crea y se bautice será salvado ; empero no habrá salud para el que no creyere. Los que crean recibirán de mi el poder de arrojar los demonios, de tocar sin peligro las serpientes, de hacer vanos los venenos que se les suministren ; y los que yo envíe hablarán nuevas lenguas, é imponiendo sus manos á los enfermos los curarán. Tened, pues, valor y confianza, porque yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. »

Y después Jesús recomendó aun á sus apóstoles

toles que no saliesen de Jerusalem luego que él dejara la tierra, sino que aguardasen la promesa del Padre que habían oído de su boca cuando les dijo: « Juan bautizó con agua, empero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. » Y añadió: « Lo que veis es el cumplimiento de lo que os dije cuando aun vivía con vosotros; y era necesario que todo lo que de mí se había escrito en la lei de Moises, en los profetas y en los salmos se cumpliese. »

Y al mismo tiempo les esclareció el espíritu para que entendiesen las escrituras y para que viésen que cuanto había sucedido se había predicho de antemano.

Algunos discípulos le preguntaron entonces: « Señor, ¿ será desde ahora que restableceréis el reino de Israel? » Mas él les respondió: « No toca á vosotros saber el tiempo, ni la hora que el Padre reservó á su conocimiento y á su poder; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo y dareis testimonio de mí en Jerusalem, en toda la Judea y país de Samaria y hasta en las estremidades de la tierra. »

Después de estas palabras el Hijo de Dios, nacido de la Virgen Maria, estendió sus manos sobre los apóstoles y discípulos que formaban un círculo en derredor de él sobre la cima del monte de los Olivos, y habiéndolos bendecido, radiante de gloria y por su propio poder, sin que los ángeles lo llevasen, se elevó el divino Sal-

vador magestuoso acia el cielo; y cuantos allí había le vieron subir hasta que una nube lo ocultó á sus miradas.

Los apóstoles y discípulos tenían aun los ojos elevados acia el cielo cuando dos ángeles semejantes á dos hermosos jóvenes aparecieron y dijeron: « Hombres de Galilea, ¿ porque deteneros así á mirar al cielo? Jesus que os ha dejado y que subió al cielo vendrá del mismo modo que lo visteis subir. »

Y los discípulos habiendo adorado y besando la huella de sus pies, volvieron colmados de alegría á Jerusalem, en donde permanecieron aguardando el cumplimiento de la promesa que les había sido hecha, empleando los días de espera en alabar, bendecir y honrar á Dios en el templo.

Tal fué la partida de Cristo de esta tierra, que su mano poderosa había criado en los días del nacimiento de los mundos, y que había humedecido con su sangre en los días de la Redención.

¡ Oh, si hubiese sido dado á las humildes miradas de los hombres el ver todo este misterio de un Dios volviendo acia Dios y entrando en su gloria como un rei victorioso vuelve á su reino bendecido por los cautivos que ha liberado!

¡ Oh, si hubiese sido concedido á los apóstoles y discípulos el conocer cuanto pasó en el

espacio cuando lo cruzó el Señor, habrían visto toda la milicia celestial venir al encuentro del vencedor de la muerte! ¡Habrían visto los nueve coros de la corte del cielo: querubines, serafines, tronos, dominaciones, virtudes, poderes, principados, ángeles y arcángeles arrojando ante el triunfador palmas y coronas! ¡Habrían oído las voces de los ángeles guardianes de la tierra cantar á los del cielo: « ¡Abrid, abrid vuestras eternas puertas; dejad pasar al rei de gloria, santo, fuerte, inmortal! »

Y así que estas eternas puertas se hubieron abierto, ¡que esplendor, mas brillante que millones de soles, no debió estenderse acia afuera! ¡Todos estos mundos que vemos lucir en el firmamento como chispas de diamante y los demas que la mano de Dios esparció en el espacio, y que la distancia oculta á nuestra vista, de que resplandor extraordinario no debieron brillar en aquel dia! ¡Abrid, abrid vuestras eternas puertas; el rei de la gloria no viene solo; sino que trae los cautivos que libertó del limbo, las almas de los justos y de los patriarcas! ¡Abrios, abrios puertas eternas; dejad pasar al rei de gloria!

Escuchad los cantos de la Iglesia: « ¿A que ángel dijo nunca el Señor sentaos á mi derecha hasta que ponga vuestros enemigos bajo mis pies? »

« Aquel que descendió del cielo es el mismo

que ahora ha subido sobre todos los cielos. »

« Él nos trazó una via nueva: rasgó el velo del templo y vimos nosotros el Santo de los santos. »

« ¡Acabasteis, oh Señor, vuestra obra! Triunfasteis de la muerte y ahora vais á tomar posesion de la gloria del cielo, gloria de que os habiais despojado por nosotros. »

« Y ya elevado sobre la tierra nos mirais aun, y ved que os siguen los justos que rescatasteis y que hicisteis salir de su sombría prision. »

Todo el oficio de la Ascension no es mas que un canto de triunfo, y en los himnos y en los versículos y en las antifonas viene frecuentemente el pensamiento del rescate de los cautivos.

En tiempo de Eusebio, que vivia acia el principio del cuarto siglo, se creia saber por tradicion el parage mismo de donde Nuestro Señor subió al cielo: y se mostraban desde este tiempo en el punto mas elevado del monte de los Olivos, sobre una piedra, las señales de la impresion de los pies del Salvador, señales que nada habia podido borrar; y, sin embargo, la piedad de los fieles hacia que continuamente se raspase esta piedra para llevar á su casa un poquito de este polvo sagrado.

Y lo que es aun mas maravilloso, dice un autor antiguo, es: « Que Tito, al hacer el sitio de Jerusalem, plantó sus tiendas sobre el monte

de los Olivos, así como en las otras alturas, para ceñir la ciudad deicida, y que los pasos de tanto soldado y la rotacion de tanta máquina de guerra no hiciesen desaparecer las huellas del Dios de paz y amor.»

San Paulino de Nola y Sulpicio Severo, que eran contemporaneos de san Gerónimo, nos dicen lo mismo; y san Agustin era tambien de la misma opinion, y lo prueba cuando dice: «Se iba á Judea á adorar los vestigios de Jesus, que se veian en el lugar de donde subió al cielo.» Subsistia esta maravilla aun en el octavo siglo, segun el testimonio del venerable Bedo, y conforme á la fé de un obispo de occidente que hacia el viage de Tierra Santa, y que lo asegura como cierto.

El autor que acabo de citar añade: «Hizo Dios otro milagro brillante con respecto á los vestigios del Señor. Cuando la emperatriz Elena edificó la iglesia de la Ascension en el lugar del monte de los Olivos, de donde se sabia que el divino Salvador habia subido al cielo, y que se quizo enlosar como el resto de la iglesia el parage en que se hallaban las señales de los pies, cubriéndolo de preciosos mármoles, en vano se empleaban todos los medios imaginables para conservar allí la losa, porque un poder invisible apartaba del lugar sagrado lo que el arquitecto queria fijar sobre la huella milagrosa.»

«Y sucedió lo mismo cuando se trató de cer-

rar la bóveda y que no se pudo conseguir. Durante muchos siglos quedó así el cimborio abierto, é indicaba que Dios habia pasado por allí para volverse al reino celestial.»





PENTECOSTES.

PENTECOSTES de los judíos, que estos llamaron fiestas de las *Semanas*, de la *Lei*, solemnidad de las *Siegas*, día de los *Primeros frutos*, había sido instituida por Moises para que Israel guardase perdurablemente la memoria de los mandamientos que el Señor le había dado en medio de truenos y relámpagos en el monte Sinai.

La obediencia á estos divinos mandamientos, la observancia de esta lei dictada por Dios, la

sabiduría misma, debian hacer al pueblo que permaneciese fiel, el mas feliz del globo.

PENTECOSTES de los cristianos es la conmemoracion de otra gran jornada en que el Espíritu Santo, bajo la forma visible de lenguas de fuego, descendió sobre los apóstoles para abrasar á aquellos que debian esclarecer el mundo.

El Dios que bajó al cenáculo fué el Eterno mismo que apareció en Sinai. Bajo la antigua lei le anuncian los truenos; bajo la lei nueva un ruido, semejante á un viento impetuoso que viene del cielo, le precede y llena la casa en que se habian juntado los apóstoles.

A esta gran voz que venia de lo alto, los hombres llenos de fé, que aguardaban al *consolador* que Jesus les habia prometido, no dudaron que fuese el cumplimiento de la palabra divina, y sobrecojidos de espanto y de respeto se pusieron á orar y.... ¡oh prodigio! de repente, celestial fuego se divide en lenguas que van á colocarse sobre cada uno de ellos.

¡Fuego celestial! De veras, porque al instante mismo estos hombres débiles y tímidos se sienten cambiados por entero. Bajo la llama divina se han engrandecido sus almas repentinamente y conciben elevados pensamientos, abnegaciones generosas y nobles sacrificios. ¡El Espíritu Santo está ahora con ellos!

¡Oidles así alabar y confesar á Dios en todas las lenguas! ¡Sabian apenas el hebreo los

doce galileos, y helos aquí hablando para ser entendidos por los partos, medas y clámitas, y por los que habitan la Mesopotamia, la Judea y la Capadocia, el Ponto y el Asia, la Frigia y la Panfilia, el Egipto y la Libia cirenaica, y por los que vienen de Roma, de Creta y de la Arabia!

¿Como es que los discípulos nos hablan hoy á cada uno en nuestra lengua? ¿Como es que de repente se les ha dado tanta ciencia? He aquí lo que con miedo se preguntaban los testigos del prodigio.

Empero los que habían recibido el Espíritu Santo no sentían ni espanto ni temor; porque uno de sus dones era el valor.... ¡Oh, ahora ninguno de ellos renegará á Cristo! Con su repentina inspiración perciben el porvenir que ha de ser sangriento. Mas no importa: ellos se lanzarán ante el hacha y las hogueras, y la rueda y la cruz, y no tiemblan porque el Espíritu Santo está con ellos.

Cierto, la conmemoración del día en que el Espíritu Santo derramó sobre la Iglesia la riqueza de sus dones debe ser una de las grandes fiestas cristianas: y así es que Pentecostes no cuenta sobre sí mas que Navidad y Pascua.

Desde los primeros siglos fué celebrada esta solemnidad con todas las pompas del santuario: y antes que la religión hubiese levantado sus magníficas catedrales, la fiesta del Espíritu

Santo, la fiesta del que dió la fortaleza á los primeros mártires, había sido reyerenciada en las catacumbas, y las santas palabras que se cantaban entonces bajo sus bóvedas aun las decimos hoy.

« ¡ Señor, eres grande, en verdad, y tu poder brilla de todos lados! Todas las criaturas te obedecen: dijiste, y se hizo todo; enviaste tu espíritu, y el universo fué creado.... ¡Aleluya!»

« ¡ Que Dios se levante y que sus enemigos se disipen, y que los que le aborrecen huyan delante de su faz! »

Los sacerdotes toman para esta solemnidad el color rojo. El himno *Veni Creator* comienza los oficios de tan solemne día. Esta bella súplica, conocida y repetida por todas las naciones cristianas, la dicen los reyes á su unción, los magistrados antes de ocupar el asiento de la justicia, los obispos antes de consagrar la frente de los levitas, los pueblos antes de abrir sus asambleas. « Ven Espíritu creador, ven á visitar las almas de los que son tuyos; ven, y llena de gracia los corazones de aquellos que tu criaste; tú, á quien llaman Consolador las santas escrituras; tú, llamado por ellas don del Altísimo, fuente de agua viva, unción espiritual, caridad y fuego sagrado. »

« Tú derramas sobre nosotros los siete dones de la gracia, rocío fecundante del cielo; tú eres el dedo del Señor que señala la ruta, y tú la

ciencia de los apóstoles á quienes hiciste lenguas elocuentes.»

« Ilustra tambien nuestros espíritus, abrasa nuestras almas, y que tu amor se encienda en ellas. Dá fuerza á nuestra debilidad, fortaleciéndola con la virtud. Rechaza lejos de nosotros al enemigo, y danos pronto la paz que tú solo puedes darnos. Ven á ser nuestra guía para que marchemos por sendero seguro.»

« Sé nuestro apoyo á fin de que no tropecemos con los lazos de los malvados. Ampáranos del mal y haz que viva en nosotros una fé ardiente, para que en nuestro último dia confesemos un Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo.»

Y ha de confesarse que es un pensamiento saludable el que hizo adoptar esta oracion á los poderosos del mundo; y los pueblos debian descansar tranquilos cuando veian á los reyes que gobernaban, y á los jueces que pronunciaban sobre sus vidas y fortunas, implorando de lo alto rectitud y luces.

Hoi existe en las naciones una sorda inquietud, y ¿es acaso el remedio para que cese, mostrar al pueblo los hombres del gobierno con sus pasiones y sus debilidades? Y si Dios apareciese para dar una garantía de justicia, ¿no habria mas reposo y confianza en el mundo?

Nosotros vemos á los políticos fatigarse haciendo leyes, y aumentar cada dia el volúmen

de sus códigos, dando á sus tribunales nuevos ojos y nuevos brazos. Los vemos juntando sus consejos y ordenando medidas para descubrir el mal que atormenta la sociedad. ¡ Insensatos! ¡ Han arrojado á Dios de sus leyes y quieren que estas tengan fuerza!

En su soberbia han dicho: « Nosotros sabemos todo, nuestras luces nos bastan y no invocaremos lo que nuestros padres llamaban el Espíritu Santo.» Y se han juntado y puéstose á la obra; y antes de sus deliberaciones no han doblado la rodilla, no han mirado al cielo, ni exclamado: « ¡ Espíritu Santo, ilústranos!»

Y ved, ¿ que han hecho? Dijeron órden, y hubo desórden; economía, y hubo dilapidacion: dijeron vamos á dar la paz, y el mundo se ha turbado hasta en su seno; vamos á regenerar la tierra, y la cubrieron de sangre: dijeron libertad, y las prisiones no han sido asaz vastas y numerosas para los cautivos que han hecho; igualdad, y se elevaron sobre los otros subiendo por los montones de cadáveres de sus victimas: dijeron justicia, y se enriquecieron con el campo de la viuda y del huérfano; fraternidad, y los hermanos se hicieron la guerra y los padres denunciaron á los hijos, y estos pidieron el precio de la cabeza de sus padres: dijeron humanidad, y los cadalsos se elevaron por todos lados y los verdugos gritaron á los que se habian hecho jueces: « Estamos cansados y deseamos reposo.»

¡Y habian dicho *muerte*, y esa vez cumplieron su palabra, porque cuando los hombres quieren despreciar á Dios no pueden dar otra cosa!

Esperemos que pasarán estos tiempos de delirio y vértigo. Parece ya como que se comienza á percibir que Dios falta en los negocios humanos y que es preciso llamarlo á ellos. Hoi hai un progreso, y no mostramos el mal si no es para hacer ver que comienzan á despuntar mejores sentimientos. Nosotros, cristianos, que no tenemos influencia en la cosa pública, no tenemos menos santa mision que llenar. Escribimos para la juventud, y acordándonos de aquel sabio que puso sobre su biblioteca: « *Depósito de remedios y venenos para el alma* », hagamos de suerte que en las páginas que escribimos halle aquella siempre los principios que dan la *paz*, nunca las doctrinas que escitan la *turbacion*; que encuentre donde quiera los pensamientos que salvan, y en ninguna parte las máximas que matan. Empero para conseguir esto es preciso que el Espíritu Santo nos anime, que nuestros corazones ardan en el amor del bien: es menester que la lengua de fuego haya brillado sobre nuestra cabeza y que hayamos sentido un soplo del cielo; sin esto nuestros esfuerzos serán vanos y no se comprenderán nuestras palabras.

Empero si el padre de los pobres está con nosotros, los que sufren y lloran sentirán al leer-

nos algun alivio, *in fletu solatium*, y hallarán una mano amiga que enjugará sus lágrimas: si hemos ocurrido al manantial de los celestes dones, podremos tambien aliviar muchas miserias: si la luz de los corazones nos ha lanzado algunos de sus divinos rayos, un reflejo de lo alto brillará en nuestras páginas: si el consolador por excelencia derrama sobre nosotros sus gozos inefables, vendrán los desdichados acia nosotros como acia sus amigos: si el dulce huésped de las almas descansa en nuestra casa, habrá entonces paz y calma en nuestros escritos, y seremos para los que riegan con sus sudores los ásperos caminos de la vida como una suave y fresca brisa en medio de los ardores del estío, y como el descanso para el jornalero que trabaja desde el nacimiento hasta el ocaso del sol.

Con la ayuda del Espíritu que descendió sobre los apóstoles en el gran día de Pentecostes podremos acaso lavar y hacer borrar las manchas que la impiedad ha hecho al mundo: y la aridez que el escepticismo ha estendido en las ciencias, las letras y las artes desaparecerá á nuestros esfuerzos. El mal estar que consume las naciones cesará si nos hallamos todos animados de un solo y mismo espíritu, del mismo y único amor, del amor del bien, que es el amor de Dios.

¡A la obra, pues, hombres de buena voluntad, de corazon, de saber y talento! ¡á la obra!

¡ No en vano Dios hizo descender sobre vuestras cabezas la lengua de fuego que os abrasa é ilustra, y no en vano, tampoco, os concede el don de las lenguas, el poder de mover y elevar los corazones !

¡ Escuchad ! ¿ No ois como el ruido de un huracan violento é impetuoso ? ; Oh, yo lo oigo ! Pero esta vez no viene del cielo ; él llega de la tierra, y lo causan las malas pasiones desencadenadas que rujen y aullan. Se diria que es una tormenta que se acerca. Y bien, en este espantoso rumor hai algo que inspira. ¡ A la obra, pues, hombres de buena voluntad : á la obra ! Reguemos en la tierra aun vírgen que tenemos delante, á manos llenas, la buena semilla, prudentes palabras y principios puros: y cultivemos tan bien el campo que se nos ha confiado, que cuando la tempestad llegue y el huracan se levante, ruja y se cebe en la tierra, haya algo que resista, y sea esto nuestra enseñanza.

Aunque den los obispos la confirmacion en todo tiempo del año, se ha mirado, sin embargo, la fiesta de Pentecostes como mas propia para la administracion de este sacramento.

Renuevan en cierto modo los obispos por la imposicion de las manos el prodigio de la bajada del Espíritu Santo, y le hacen descender á los corazones purificados como descendió á las almas de los apóstoles. El Espíritu que comunican por el sacramento de la Confirmacion es el

mismo que abrasó los discípulos. Espíritu de fé y de amor, de constancia y fortaleza.

Al salir de su retiro ningun temor detuvo á los apóstoles ; su antigua pusilanimidad se habia cambiado en valor, y mil muertes se les habrian presentado sin que reculasen de espanto ni de debilidad. Los cristianos que reciben la Confirmacion deben experimentar lo mismo, por que esta los fortifica para el combate : con ella se arman, y les cae del cielo un casco, una coraza, un escudo y una lanza, armas de bendicion que el hierro del enemigo no podrá romper ni perforar.

Un bello genio, un gran personage, el Demóstenes, el Ciceron del cristianismo, san Pablo, trasportado por el Espíritu Santo, describió todos los dones que los apóstoles y discípulos recibieron de lo alto cuando las lenguas de fuego se pusieron sobre sus cabezas, dones que no se limitaban á ellos sino que eran trasmitidos por la imposicion de las manos, y que han quedado entre los tesoros del episcopado para que los entiendan los obispos sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Hai munificencias que los siglos apuran, pues que desecan estos los ríos mas caudalosos ; empero hai manantiales que no pueden agotar, que son los de la gracia. Para estas aguas vivas que manan del cielo no hai ardores ni sequedades capaces de consumirlas, porque la mano

de Dios y las alas de los ángeles se estienden sobre ellas y les conservan la abundancia y la frescura.

Dice san Pablo : « Que deben contarse entre los dones esteriore que el Espíritu Santo infundió á los apóstoles y discípulos, el *lenguage de la sabiduría* y la ciencia de las verdades sublimes de la revelacion con el talento de propagarlas ; la *palabra de la ciencia*, ó la facultad de interpretar el sentido mistico y oculto de las santas escrituras ; la *fé*, que da el valor en medio de los peligros y de los tormentos ; el don de *curar* por medios sobrenaturales ; el don de *arrojar los demonios* y de *resucitar los muertos*, haciendo cosas fuera de la naturaleza ; el don de *profecía* ; el don de saber *discernir los espíritus*, ó de juzgar si los que se dicen inspirados están en efecto ilustrados con las luces del Espíritu Santo, ó si no son mas que impostores, y una sagacidad sobrenatural que hace la diferencia entre las sutilidades de Satanas y las divinas impulsiones, una prudencia que asigna á cada uno el lugar, el oficio y la funcion que puede llenar en la Iglesia ; el don de *lenguas*, ó una aptitud súbita para hablarlas sin haberlas aprendido, y en fin la de interpretarlas.

Estos dones tan prodigiosos y sobrenaturales debieron escitar mas que sorpresa en el concurso de diversas gentes, que la solemnidad de Pentecostes traia á Jerusalem, porque en todos tiempos

hai y habrá hombres orgullosos que se irritan con lo que está sobre ellos, ridiculizando lo que su espíritu no puede comprender ni explicar ; y en la multitud que presenciaba el santo entusiasmo de los apóstoles y escuchaba sus palabras inspiradas habia incrédulos, desprecupados de ese tiempo que decian : « Estos galileos están ebrios y el vino les hace hablar. »

¡ Cuantas gentes semejan aun á esos escépticos de Judea ! Gentes de corazon frio y de almas adormecidas, gentes que no sintiendo nada elevado, creen que todo vegeta por el suelo : almas heladas que no quieren creer en el fuego, tristes buhos que no comprenden el amor del águila por el sol. ; Oh, todo hombre que se avanza en edad ha de haber encontrado en su ruta algunas de estas gentes que repiten á los que tienen fuego y entusiasmo lo que los incrédulos de Jerusalem decian de los espíritus inspirados : *están ebrios*. En diez y ocho siglos muchas razas han perecido, y ha quedado esta en medio de nosotros para dudar, mofarse é insultar.

